

**XII CONSEJO INTERNACIONAL PARA
LA FORMACIÓN Y EL ESTUDIO DE
LA ORDEN FRANCISCANA**

Ponencia:

**Franciscanismo y globalización:
fraternidad, ternura y pobreza en un
mundo herido.**

Bernardo Pérez Andreo

Murcia, 29 de Noviembre de 2008.

INTRODUCCIÓN

Puede resultar paradójico tener que recurrir a un autor abiertamente ateo para situar correctamente la fe en nuestros días, pero deja de serlo si ese autor ha escrito un libro con el firme propósito de “luchar por el legado cristiano”. Slavoj Žižek ha ido a la médula de la fe cristiana: el amor, y allí ha destacado la importancia del acto de “desconexión”. El amor es un acto por el cual el hombre se aparta de todo aquello que es para aceptar y devenir lo que no es. Ese amor cristiano no es una mera actitud de contemplación interior, sino un verdadero “apartamiento” de sí para llegar a ser cabe sí, en palabras de Žižek: “el ‘apartamiento’ cristiano no es una actitud de contemplación interior, sino el trabajo activo del amor que conduce de modo necesario a la creación de una comunidad alternativa. [...] la verdadera desconexión cristiana suspende no tanto las leyes explícitas como su implícito suplemento espectral obscuro”¹. Precisamente esto es lo que encontramos en el *poverello*. En primer lugar un abandono de sí para llegar al encuentro de lo otro en una comunidad alternativa; y en segundo lugar el abandono voluntario y consciente de la carga interior de la ley que se convierte en yugo que esteriliza la obra del amor. Sólo si el amor es libre, sin ningún nexo legal, puede ser creador, como la obra de Dios.

Se trata de amor, pero de un amor muy otro al habitual. No es un amor que exige algo al otro; no es una amor que busque algún tipo de beneficio, sea moral o espiritual; no es un amor que quiera la perfección; no es ni *eros* ni *filia*, sino puro *ágape*; es, ciertamente, un *amor loco*, *manikós eros*, que quiere la pura entrega, el estar cabe sí sin ser sí mismo. Paul Evdokimov lo ha expresado con pasión en una relectura de los Padres orientales. Según Nicolás Cabasilas, el cristiano es un hombre miserable que sabe que hay Alguien más miserable aún, el Mendigo del amor que está a la puerta del corazón, como en Ap 3, 20. Es un amor oblativo hasta la misma muerte, la muerte de Dios para que el hombre viva; la muerte del amor para que viva la llama refulgente de la entrega desnuda a lo *otro*²:

¹ Slavoj Žižek, *El frágil absoluto o ¿por qué merece la pena luchar por el legado cristiano?*, Pre-Textos, Valencia 2002, 168.

² Cf., Paul Evdokimov, *El amor loco de Dios*, Narcea, Madrid 1990, 28-36.

*Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar*

Nuestra hermana muerte corporal no nos abandona en ninguna circunstancia, pero no es ella la que ha de darnos el ser desde lo otro, el ser comunidad alternativa y cumplimiento perfecto del amor. La hermana muerte es un don de Dios para la comprensión de la Vida que nos persigue sin atraparnos. Juan Bernardone lo llegó a saber mediante mucho sufrimiento, mediante el abrazo tanatorio fraterno que nunca lo abandonó, a excepción del día en que, llegado a la perfección del amor oblativo, la muerte lo abandonó y se entregó a la Vida, a Dios, a la plena locura del vaciamiento, a la nada, siendo ya uno con Cristo su Señor.

No sé si va quedando claro el asunto que aquí nos ha reunido. Cómo *n-os* ve el mundo y qué espera de los hermanos del *poverello*, es una cuestión muy fácil, o bien imposible. Es imposible de tratar porque aquí no está el mundo, ni tampoco los hermanos del *poverello*. Necesitamos las mediaciones hermenéuticas para ello y ya se sabe que toda interpretación es una *mala* interpretación. Pero también es bien fácil, porque se trata de abrir los ojos y mirar el mundo, cerrarlos y ver al *poverello*. De esas dos visiones obtenemos una imagen, imagen que podemos revelar en unas cuantas líneas. Antes de entrar en esa imagen, me permitiréis que os cuente un *hecho extraordinario* que pude vivir hace unas fechas y que me permitió tener mucha más claridad a la hora de enfrentar el problema que nos ocupa. Se trata de uno *pajarillo* que había en un jardín.

LOS “PAJARILLOS”

Si los años no perdonan, tampoco lo hacen los genes. Las disfunciones lipídicas de mi organismo me han llevado a tener que madrugar y hacer ejercicio cotidiano. Cierto que no mucho ni muy intenso, pero sí muy constante. Creo que ha sido esta asiduidad la que provocó una situación sorprendente que pude vivir hace unos meses.

Era temprano, aún no alboreaba cuando llevaba una media hora de mis ejercicios matutinos. Éstos me habían llevado hasta un acostumbrado jardín a las afueras de la

población donde resido. Después de una prolongada carrera realizaba los estiramientos musculares oportunos entre los jadeos que provoca el cansancio. Al principio me pareció oír algo, pero lo achaqué a la fuerza con que latía el corazón, casi extenuado por el esfuerzo. Volví a escuchar algo, como un fino silbido o un pequeño grito. Miré a un lado y a otro, pero no vi a nadie que pudiera estar llamando mi atención. Al poco tiempo una especie de grito contenido me llamó por mi nombre: —“te llamo a ti, Bernardo”. Entonces no me quedó más remedio que dirigir mi mirada hacia el lugar de procedencia de tan clara llamada. Justo encima de mí, en las ramas bajas de una solitaria acacia que guardaba los juegos vespertinos de los infantes, había un *pajarillo*. No sé determinar con precisión su especie. Era verde en su mayor parte, pero mientras el pecho brillaba con un potente amarillo, la espalda era azul celeste.

No terminaba de salir de mi asombro. Ese animalito se dirigía a mí, en mi idioma y por mi nombre. Seguí sin dar crédito a mis sentidos, falaces como siempre y pensé que el ácido láctico embotaba mi cerebro. En ese momento volvió a dirigirse a mí el animalillo, esta vez con cierta irritación: —“sí, sí, te hablo a ti, teólogo, profesor en el centro de los Padres Franciscanos”. No terminaba de salir de mi asombro. Que un ser de esa clase se dirija a mí con esa elocuencia era increíble. —“Ya, ya (dijo), te extraña que un ser irracional te hable y te cuestione. Pero no debieras sorprenderte, siendo como eres amigo de la Orden Franciscana y de su fundador, el pobrecito de Asís”. Aquellas palabras me parecieron muy acertadas y no pude hacer otra cosa que escucharle con fruición.

Esto fue lo que el pajarillo me dijo:

—“Todos vosotros debéis mucho a Dios y es menester que en todas partes le alabéis y bendigáis. Os ha dado una enorme capacidad para amar al mundo, un mundo que ahora pasa por sufrimientos indecibles y espera de vosotros recibir la enorme **ternura** que Francisco mostró por la creación de Dios considerada hermana en todas sus dimensiones, ha llegado el momento de ejercer esa compasión con la hermana madre tierra. También os ha dado innúmeros hermanos que conforman una gran **fraternidad** para llevar a cabo en la sociedad actual el plan que Dios tiene para sus hijos: que sean uno y se amen por

encima de todas las diferencias, proclamando el Amor del Dios que es Amor. Entre vosotros los hay de todas las razas, condiciones, capacidades e, incluso, de diferentes tradiciones eclesiales, eso es un gran signo para un mundo donde se agrandan las diferencias y se multiplica la discordia. No es menos importante el espíritu de **pobreza** elegida como signo del Reino de Dios y como lucha contra la pobreza forzada, signo esta del pecado que asola el mundo. Mucho os ama el Creador a vosotros cuando os colma de tantas bendiciones. Sed agradecidos y responded dando gratis lo así recibido, devolved el tributo de alabanzas que a Dios debéis”.

Dicho esto, sólo pude dar gracias a Dios por haber visto y oído aquellas cosas. El pajarillo se elevó en el cielo hacia la salida reciente del hermano sol. Al elevarse, su silueta se recortaba contra los rayos refulgentes del astro rey y, sobre la hermana madre tierra, se dibujó, fruto de la sombra del pajarillo, una tenue cruz que se hizo más grande según el animal ascendía hasta el cielo y se perdía entre las nubes. Estupefacto por tanta belleza, apenas pude moverme en unos minutos, pasado el efecto embriagador marché a casa e intenté elaborar una reflexión con las tres palabras que aún resonaban en mis sienes: *termura, fraternidad, pobreza*.

UN CAMBIO DEL HOMBRE Y DEL MUNDO

He intentado elaborar una reflexión en tres pasos que recoge los elementos esenciales que resume la situación actual. Lo que espera hoy el mundo de la Orden, está en relación con lo que el mundo está hoy sufriendo. No se trata de preguntar al mundo por lo que piensa que necesita, muchas veces no coincide la necesidad real con la percibida. De lo que se trata es de encontrar los *signos de los tiempos*, ellos nos dirán lo que el mundo de hoy necesita. Por otro lado, hemos de ver qué es lo que los hijos del *poverello* pueden aportar al mundo desde su misma tradición, tradición que actúa de nexo entre la voluntad amorosa de Dios, la entrega absoluta de Jesús y el vaciamiento kenótico de Francisco.

Los tres elementos que creemos patentizan los tiempos actuales son la degradación del medio natural, la globalización del sufrimiento humano y la necesidad del diálogo entre

los hombres de distintas religiones. A estos tres elementos les sirven de contrapunto franciscano la ternura por la naturaleza, la fraternidad en medio de un mundo dividido y la pobreza como opción fundamental de la existencia cristiana. Quizá nunca se ha dado un isomorfismo estructural mayor entre las necesidades del mundo y los aportes cristianos. Hoy más que nunca, la tradición que nació en Francisco, puede y debe aportar la salvación querida y anunciada. Lo vemos en tres actos de un gran drama.

A. Primer Acto: La ternura con la hermana Naturaleza

Si algo define al trovador de Asís es su inmensa ternura. Para él no había criatura que no mereciera su amor. Si ha sido creada por Dios es digna de su amor y le debe un respeto que supera cualquier barrera social, económica o física. Entre todas las criaturas, la naturaleza tal como la entendemos hoy, es una de las más queridas. En el cántico de las criaturas hay seis alabanzas a criaturas naturales: el sol, la luna, el aire, el agua, el fuego. Y hay una especial a la hermana madre tierra. La hermana tierra es además madre de todas las criaturas y merece un amor y reverencia especiales. El ser humano debe integrar en sí el amor a Dios, el prójimo y la naturaleza como medio de unificar su ser y llevar una vida verdadera. Como nos dice Merino: “el amor a Dios, al prójimo y a la naturaleza se revela como un sentimiento compatible que se integra en una unidad vivencial orgánica con todos los seres de la naturaleza”³. Esta unidad amorosa se convierte en la clave de bóveda de una personalidad unificada y capaz de respetar el medio en el que vive. *Quien respeta no destruye*⁴, sino que conserva lo que le rodea en un actuar creador del mundo. Esa es la forma de ser de San Francisco: el cuidado del mundo que le rodea. Esta *cura* del mundo *crea* el mundo; el cuidado supone un cultivo de los valores que representa el mundo y, en último término es un culto, el verdadero culto en espíritu y en verdad que crea al hombre en tanto que hermano universal mediante el cuidado de ese mismo mundo entregado a su custodia.

³ José Antonio Merino, *Francisco de Asís y la ecología*, PPC, Madrid 2008, 48.

⁴ *Ibidem*, 11.

El cuidado del mundo entendido como creación del mismo, entronca con la perspectiva genesíaca en la que Dios pone al hombre como guardián y cultivador del jardín en el que lo ha puesto. Punto por punto, Dios crea las condiciones de posibilidad de una existencia humana verdadera. En primer lugar pone un jardín donde poder situar físicamente al ser humano. En ese jardín se encuentra todo lo necesario para la vida del hombre, empezando por los ríos y terminando por los árboles. Pero no es suficiente con una estructura física para que exista un ser humano. Hace falta algo más. Lo primero es una tarea: cuidar el jardín. Esta tarea debe ser entendida como un servicio y no como una oportunidad para la rapiña. El cultivo lleva al cuidado y este a la preservación de ese medio que ha sido otorgado como un don inmerecido, de ahí que deba tornarse el cultivo en un culto de la misma naturaleza.

A continuación, como complemento necesario de la tarea, Dios le da al hombre la característica esencial del mismo, la libertad, “de cualquier árbol del jardín puedes comer” (Gen 2, 16). La afirmación tiene un carácter absoluto. Todos los árboles están a disposición del ser humano, es decir, la constitución natural del jardín es para que el hombre la pueda usar y disfrutar. Ahora bien, en relación estrecha con la tarea asignada, esta libertad debe ejercerse con responsabilidad: “pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás”. Toda libertad implica unos límites para que se real, toda libertad está *situada*. En la naturaleza todo puede ser utilizado, pero no es conveniente su utilización irrestricta, porque la consecuencia es la pérdida del equilibrio entre el hombre y el mundo circundante, lo que equivale a la dejación de la función de custodia del medio al hombre otorgado. El ser humano no es un añadido postizo en el mundo natural, ni tampoco su señor soberano con poderes absolutos. El hombre es el jardinero que mimas las flores. Porque el jardín le aporta al hombre todo lo que necesita, todo lo que resulta “deleitoso a la vista y bueno para comer” (Gen 2, 9). No se trata únicamente de crear un mundo que permita la existencia física del hombre, también debe proporcionar belleza estética y concreción moral. Por eso, no deberá abusar de lo que tiene, la consecuencia sería la muerte: “el día que comas de él, morirás sin remedio” (Gen 2, 17). No se trata, como se

interpreta tradicionalmente, que Dios prohíba y castigue la trasgresión. Si se analiza bien no se ve relación causa efecto entre una cosa y otra. Sí es la consecuencia directa de los actos del hombre. Dios le advierte de las consecuencias que tienen los actos. El hombre es libre, y su libertad no puede tener restricciones físicas, sólo morales. Es bueno que todo esté a su disposición, pero también que sepa usar con responsabilidad lo que tiene.

Según el relato del Génesis, Dios crea un medio en el que el hombre pueda ser tal. Le da una tarea, una libertad irrestricta y una responsabilidad moral por sus actos. Del hombre depende su uso o abuso, pero sólo él, mediante sus decisiones se hará hermano del mundo en el que vive, cuidando y protegiendo, o bien, tirano absoluto, destructor del don recibido. La trasgresión con la naturaleza precipitará el resto de las transgresiones. El *descuido* de la naturaleza llevará al *descuido* ante el otro: “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?” (Gen 4, 9). Sí, de tu hermano y de la hermana madre tierra, como bellamente lo expresara el cantor de Asís. Francisco comenzó su vida apartándose de los hombres y retirándose a la naturaleza como un gesto de reconocimiento de lo que Dios ha querido para los hombres: el cuidado del mundo que nos rodea.

Hoy no nos encontramos en el mejor momento posible en nuestra relación con la naturaleza. El modelo de desarrollo neoliberal, que ha fracasado estrepitosamente en estos momentos, ha dilapidado en dos decenios recursos naturales que hubieran servido para mantener a la población mundial durante siglos. Se afirma que desde el fin de la segunda guerra mundial hasta la caída del muro de Berlín, el planeta consumió tanto como los diez mil años anteriores, desde la revolución agrícola. Pero, entre 1990 y hoy se ha consumido otro tanto, lo que quiere decir que el ritmo de crecimiento del consumo mundial se acelera exponencialmente. El modelo capitalista tiene mucho que ver en esto, puesto que su *litemotiv* es la creación incesante de riqueza y la acumulación de capital. Es un modelo económico seducido por las palabras de la serpiente: “seréis como dioses” si consumís desaforadamente.

Los países enriquecidos malgastan recursos finitos y consumen los recursos hasta el agotamiento. Mientras, los empobrecidos apenas pueden llegar a las migajas de la mesa.

Es un modelo claramente depredador del medio natural y de los pobres de ahí que haya nacido una conciencia en torno a los problemas ecológicos y humanos del planeta de forma conjunta. Esta preocupación eco-humana está unida a la tradición franciscana porque no hay salvación para el ser humano sin la hermana tierra y de nada sirve salvar el planeta si no es para que el hombre viva.

Los límites del crecimiento humano⁵ están ahí como líneas de alarma que no podemos sobrepasar. Durante el último siglo el crecimiento de la población mundial se ha elevado de manera exponencial y no parece que esto tenga un límite natural, al contrario. Si en 1900 había mil millones de habitantes, a comienzos de este siglo éramos seis mil millones, lo que implica una duplicación cada treinta años. Las perspectivas para el futuro no son halagüeñas. La ONU prevé un crecimiento hasta los nueve mil millones en 2050 y hasta los doce mil en 2100. Para esa fecha los recursos del planeta serían insuficientes para mantener a toda esa población, aunque se repartieran con justicia y se morigerara el consumo, cosa que seguro que no se va a hacer. Por tanto, el planeta tierra está sufriendo una especie de estrés ecológico. El planeta no tiene tiempo de reponer los recursos al ritmo de consumo de sus habitantes. Estamos ante una realidad que no puede ser postergada, o hacemos algo o estamos abocados a la más dura catástrofe de la historia de la humanidad.

La primera consecuencia es que se ha destruido el equilibrio con el planeta y los principales biomas están en peligro de colapso⁶. Los océanos no son capaces de reponer la masa biológica que se extrae de ellos. La pesca industrial indiscriminada realizada por las grandes empresas está acabando con los principales caladeros. Los grandes buques utilizan útiles de pesca que arrastran todo lo que encuentran, produciendo un triple efecto letal. En primer lugar, destruyen los fondos marinos de la plataforma continental con las redes de arrastre, impidiendo el proceso natural de reposición de la fauna marina. En segundo

⁵ Cf., D. H. Meadows, *Los límites del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México DF., 1975.

⁶ Se pueden comprobar los datos en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. Hemos consultado la dirección electrónica de este informe (13 de octubre de 2008): http://hdr.undp.org/en/media/hdr_20072008_sp_complete.pdf.

lugar, recogen especies que no tienen valor comercial pero sí valor natural, acabando con el alimento de otras especies. Y en tercer lugar, no respetan las tallas mínimas, impidiendo el desarrollo natural de las especies. Todo esto se agrava cuando la mayoría de la masa biológica recogida es convertida en harina de pescado para la alimentación de las piscifactorías en las que se engorda industrialmente los peces mediante dosis de hormonas y antibióticos que contaminan los mares.

Otro de los problemas graves es la situación que vemos en el ártico; está sufriendo un rápido deshielo que hace peligrar la vida de muchas especies y pone en riesgo el equilibrio térmico del planeta. El ártico funciona como un termostato del planeta. Las aguas cálidas que llegan procedentes del sur, se enfrían, redistribuyendo la temperatura a lo largo de los océanos. Por otro lado, es un gran aporte de vida, ya que las aguas frías contienen muchos más nutrientes y permiten la reproducción de la vida en los mares. Pero la elevación de la temperatura media del planeta debida al aumento de los gases de efecto invernadero es un hecho, que sólo los necios niegan ya. Y el ártico se derrite a ojos vista sin que nadie ponga remedio, esto provoca que el patrón térmico se modifique induciendo un cambio en los regímenes de lluvias, que pasan a ser extremos. A periodos de sequía prolongados le siguen largas e ingentes lluvias que arrastran la capa fértil de la tierra, debilitada por la sequía.

Según los informes del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático⁷, de no hacer nada, estamos abocados a la extinción como especie. Jamás en más de medio millón de años, las concentraciones de CO₂ habían sobrepasado las 300 ppm (partes por millón), desde 1999 estamos muy por encima de esas cantidades. En la actualidad estamos en 350 ppm y para 2050 se prevé que estaremos en 450, si nadie lo remedia, y eso supondría un aumento de la temperatura media de 3° C, lo cual implicaría un cambio catastrófico en el clima planetario. Por primera vez en la historia de la humanidad, el ser humano está en condiciones de influir de forma determinante en la vida planetaria y eso tiene graves

⁷ Los datos están al alcance público en la dirección electrónica consultada por nosotros el 13 de octubre de 2008: http://www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar4/syr/ar4_syr_sp.pdf.

resultados, de no afrontarlos tendremos que atenernos a las peligrosas consecuencias que se avecinan. Por supuesto, no sirve la descalificación genérica de la especie. El cambio climático no ha sido provocado por el hombre como especie. Los cuatro quintos de la humanidad que viven en el umbral de la pobreza apenas contribuyen a él. Somos los habitantes de los países enriquecidos los responsables de ese cambio y somos los que sí debemos modificar el modelo de producción.

Si queremos revertir este proceso hemos de volver a una situación de equilibrio con el entorno natural en el que vivimos. Debemos retomar la idea bíblica del cuidado del jardín, considerarnos hermanos encargados de su custodia. La espiritualidad franciscana, en la prístina tradición del *poverello*, puede aportar al mundo de hoy lo que este está necesitando y no atina a encontrar: el respeto y amor por una naturaleza que rezuma a Dios por todos lados. La naturaleza es un enorme sacramento del amor de Dios a los hombres, por eso puede decir Merino que la “visión franciscana se funda en la teología de la creación, pero no se trata de una teología intelectual y conceptual, sino cordial, intuitiva y afectiva, mediante la cual descubre en los seres y fenómenos naturales la acción creadora de Dios, la presencia divina en el mundo hace que todas las cosas se presenten como sacramentos naturales”⁸. Esta es la verdadera manera de reencontrarnos con nuestra propia realidad, considerando la naturaleza como una mediadora de la presencia de Dios. Francisco lo veía con claridad, pero no con menos claridad lo ven las religiones tradicionales de la humanidad. Todos los cultos tradicionales tienen un enorme respeto por la madre tierra, la *pachamama*. Saben que el hombre procede de ella y le debe un respeto, es decir, un culto que sea cuidado y custodia. Esto es algo que las grandes religiones monoteístas habían perdido, quizá influidas por cierta incomprensión hacia la realidad material heredada de un mal entendido pensamiento griego. Pero el franciscanismo, en su conexión con el hermano de Asís, ha recuperado esa dimensión cordial y afectiva que enlaza al hombre con el medio en el que vive, siendo el medio una prolongación de la

⁸ José Antonio Merino, *Francisco de Asís...*, 49.

presencia divina. Así nos puede iluminar Merino: “el gran mérito franciscano consistiría en haber recuperado para el cristianismo la experiencia de la unificación afectiva con el universo al resaltar que la vida divina alienta y sustenta todos los seres y acontecimientos naturales. Pero todo se debe a que la vida divina es Dios mismo impreso en los seres y fenómenos naturales. Por eso el hecho de llamar a las cosas ‘sacramentos naturales’, como si fueran una especie de ‘eucaristía cósmica’”⁹.

Los seres humanos podemos celebrar una eucaristía cósmica, uniendo nuestras alegrías y esperanzas con las necesidades de la hermana madre tierra. Ella nos permite ser lo que somos. La *acción de gracias* se eleva por todo el orbe, es una especie de *misa sobre el mundo*, como hizo Chardin. Todo lo real, mediado por la acción humana, se trasmuta en canto, oración y entrega. Estamos convencidos de que: “el franciscanismo puede ser el fermento de una revolución pacífica de las conciencias y de los comportamientos para sanear el medio ambiente y poder llegar a la gran fraternidad cósmica, que es el símbolo de lo que nos falta”¹⁰.

B. Segundo Acto: La fraternidad con el Mundo

Francisco “fue un enamorado. Un enamorado de Dios, y también un enamorado de los hombres (cosa que encierra, probablemente, una vocación mística todavía más singular). Un enamorado de los hombres es casi lo contrario de un filántropo”¹¹, con estas palabras se refiere Chesterton al trovador de Asís. Fue un enamorado tanto de Dios como de los hombres y cabría decir que lo uno por lo otro y viceversa, pero lo que no fue de ninguna manera es un *filántropo*. Su amor por el hombre no es un amor genérico, a la humanidad. Como tampoco su amor a Dios es un amor a la divinidad. El amor siempre ha de ser concreto, a algo o alguien. Francisco ama a Dios en los seres creados y ama a los hombres por sí mismos, viendo en ellos un trasunto de Dios. Ese amor concreto a los seres creados

⁹ *Ibidem*, 51.

¹⁰ José Antonio Merino, *Francisco de Asís...*, 9.

¹¹ Gilbert K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, Juventud, Barcelona 2004, 11.

es el fundamento de su fraternidad. Ser hermano de todo lo que existe es una constitución básica de Francisco, la fraternidad es su esencia.

La fraternidad sólo puede vivirse en comunidad. El hombre que quiere amar a sus hermanos debe hacerlo a partir de un ámbito compartido en el que los hombres puedan sentirse hermanos del mundo y entre ellos. Lo contrario sería caer en la famosa filantropía que no es sino un sentimiento burgués de pena por el ser humano que no ha tenido la misma fortuna en la vida. Filántropo puede ser un rico vendedor de telas que con las sobras alimenta a los hambrientos que produce el sistema económico que engorda sus arcas. Pero un enamorado como Francisco no puede ser filántropo sino hermano con todas las consecuencias.

Todo lo existente es fruto del amor de Dios y todos los seres son sus hijos y por tanto hermanos. Para vivir esto es necesario crear los vínculos sociales adecuados. Sólo apartándose de los hombres, en primer lugar, podrá luego volver a ellos como el hermano universal. Así, podrá crear una comunidad fraterna que no reproduzca los vicios de la sociedad segregacionista que los vio nacer. Una comunidad unida por el vínculo del amor y de la renuncia. Sólo renunciando a todo se puede poseer lo verdadero. Esa renuncia le lleva a la posesión de lo más valioso: el ser hermano menor del mundo. Y aquí la minoridad no es menos importante que la hermandad, porque no es extraño que se creen comunidades fraternas donde los títulos se conviertan en nuevos estamentos sociales: *fray, sor, padre*. Es importante no olvidar las palabras del Evangelio: “a nadie llaméis padre ni jefe... el que se ensalce será humillado” (Mt 23, 9-11). La tendencia natural de los grupos humanos es crear estructuras que reproducen el pecado del mundo, introduciendo diferencias entre los miembros que no tienen que ver con la fraternidad que se propugna. Francisco era muy consciente de esto y nunca quiso que sus hermanos aceptaran distinciones, llamándose simplemente hermanos menores.

El orden actual del mundo debe ser calificado como un orden injusto que provoca el sufrimiento de inmensas mayorías y el equivocado disfrute de una pequeña minoría. La mal llamada globalización supone lo uno y lo otro a la vez. Se globaliza el sufrimiento y

se localiza el goce obsceno de las riquezas. Es un proceso dialéctico por el que unos tienen lo que otros pierden; unos necesitan lo que a otros les sobra. La riqueza se engendra a partir del empobrecimiento y este es fruto de la acumulación exagerada de recursos. Según nos recordaba hace dos años Benedicto XVI¹², hay en el mundo suficiente para que todos podamos vivir dignamente, pero el injusto reparto de las riquezas hace que unos sufran carencias materiales y otros morales. Pero esta perspectiva no relaciona la pobreza con el deterioro medioambiental. Es necesario aclarar que no es un modelo injusto de reparto, sino que es un modelo injusto de producción. Aunque cambiara el reparto de la riqueza el modelo seguiría siendo injusto, porque el modelo productivo es inmoral desde todo punto de vista. En primer lugar porque no tiene en cuenta los límites ecológicos del planeta y produce hasta la destrucción. Pensemos en lo que hacen empresas como Ikea con las selvas vírgenes. Pero, en segundo lugar, no tiene en cuenta la dignidad humana en el proceso productivo. De nada serviría repartir la riqueza producida por Nike con mano de obra infantil. Lo justo sería que dejara de producir en esas condiciones y después hablaríamos del reparto.

He aquí que una justa producción nos llevaría a un justo reparto, porque el modelo de producción debería tener en cuenta la dignidad humana. El ser humano no es una pieza más del proceso productivo. De los factores que intervienen en la producción: capital, recursos y trabajo, este último, el ser humano, es el más importante. El sistema productivo debería estar orientado al ser humano, a satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, teniendo presente los límites ecológicos. El capital sólo debe ser un instrumento para conseguir este objetivo. Pero en el capitalismo, el instrumento se ha tornado un fin en sí mismo. Ha tomado las riendas del proceso y ha subyugado a la naturaleza y al ser humano, sobre todo en los estertores del capitalismo, el capital financiero, con las catastróficas consecuencias que hemos observado en estos últimos tiempos.

¹² Benedicto XVI, *Discurso al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*, (9 enero 2006), 28: AAS 98 (2006), 127.

La financierización del capitalismo fue la salida a la gravísima crisis de los ochenta. Por aquel entonces, el capitalismo estaba a punto de morir, pero la desregulación del capital financiero lo salvó, al precio de hipotecar la vida del planeta. Como hoy vemos, aquellas decisiones de liberalización irrestricta inflaron tres burbujas consecutivas, hasta que ya no se ha podido más y la burbuja ha reventado. Lo único que puede hacer el capitalismo para salir del atolladero y sobrevivir es dar el salto mortal definitivo y encaminarse a lo que Naomi Klein llama *capitalismo del desastre*¹³, es decir, crear una nueva burbuja a partir de la industria armamentística y la guerra. Sea como fuere, la catástrofe está asegurada, de lo que se trata es de si seremos capaces de evitar el colapso definitivo o no, pero esto está *visto para sentencia*. Y debe ser así, porque ya era hora de que los que tanto sufrimiento han provocado lo vivan en carne propia y puedan así sufrir un proceso de conversión.

Los hermanos de Francisco son una gran comunidad extendida por el orbe entero, una comunidad de hermanos que comparten el modo de estar en el mundo de su fundador, por ello pueden aportar algo muy valioso a la humanidad hoy día: su carácter fraterno, solidario y comprometido. Este compromiso les lleva a buscar un mundo donde el hombre pueda vivir como hermano. La tendencia debería ser que todos seamos hermanos de todos, sin importar ningún tipo de distinción. Pero en un mundo dividido por la codicia, el egoísmo y la depredación de una parte de la humanidad sobre otra, la única manera de llevar a cabo este propósito es la *revolución pacífica* de la que habla Merino, trabajando en “la creación de un sistema alternativo que sustituya el egoísmo posesivo por la participación gratuita para preparar el salto del utilitarismo cósmico a la celebración cósmica”, de esta manera se podrá realizar el “maravilloso hermanamiento humano y cósmico”¹⁴.

¹³ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona 2007. Es altamente recomendable la lectura del capítulo 2 donde cuenta cómo se llevó a cabo la implantación mundial de las doctrinas de Milton Friedman. Sólo con mucha sangre se puede imponer el mal.

¹⁴ José Antonio Merino, *Francisco de Asís...*, 151.

Estas preciosas palabras de Merino nos llevan a afirmar que la fraternidad de hermanos menores implica la tensión dialéctica con un mundo poseído por la injusticia y la depredación. Ser hermanos lleva a compartir todo con todos y ser menores lleva a renunciar a lo que justamente se debería poseer. Ser hermano universal y ser el menor de todos implica la renuncia a toda posesión y vivir a la expectativa del don caritativo del otro. La mendicidad que califica a las órdenes nacidas en el siglo XIII tenía primariamente un carácter de oposición al orden social existente del que la Iglesia también se beneficiaba. Como nos recuerda M. D. Chenu en su *Santo Tomás de Aquino y la teología*, “hacer voto de mendicidad quiere decir, en el siglo XIII, rechazar categórica, institucional y económicamente el régimen feudal”¹⁵. Este rechazo del régimen socioeconómico del tiempo aquel implica el rechazo del régimen actual: el capitalismo. La fraternidad minorada implica la destrucción del modelo devorador del ser humano. La mendicidad puede hoy ser traducida como austeridad extrema y renuncia a los beneficios de un modelo económico homicida y ecocida. El franciscanismo puede aportar, con enorme valor, un modelo de relación social basado en las relaciones de igualdad fraterna y de austeridad solidaria con los sufrimientos de los pobres y de la tierra.

Hay un episodio muy conocido de la vida de Francisco. Cuando su padre le reclamó las posesiones que él tenía, Francisco le devolvió todo, hasta las ropas que llevaba y que habían sido elaboradas en un modo de producción que reducía las personas a instrumentos de obtención de riqueza. No quiso poseer aquello que se había obtenido injustamente y que el Evangelio reprobaba con tanta fuerza. Francisco fue coherente consigo mismo y con el Evangelio, dando así un modelo diferente de relación social, “la opción social de su pobreza se sitúa totalmente en el plano de una reacción contra todas las formas de abuso y sobre todo contra aquellas que, por herir a los más humildes, a través de ellos alcanza al mismo Cristo”¹⁶.

¹⁵ N. Fabbretti, “Francisco, evangelismo y comunidades populares” en *Concilium* 169 (1981), 353.

¹⁶ M Mollat, “La pobreza de Francisco: opción cristiana y social” en *Concilium* 169 (1981), 341.

C. Tercer Acto: La pobreza como Religión verdadera

El caballero de la Dama Pobreza, será uno de los apelativos con que le gustará ser conocido a Francisco. Este enamorado de la vida no podía tener otra forma de referirse a la experiencia fundante de su ser con más acierto que recogiendo esa tradición caballeresca de la que Don Quijote será su egregio representante en España. Aquel como este, pueden ser calificados como verdaderos *locos*, locos porque no aceptan el orden de este mundo tal como está y quieren proponer otro orden diferente que es absolutamente opuesto. Sus respectivas locuras serán de amor, en el caso del hidalgo español, amor por los afligidos y desventurados que requieren de su auxilio; en el del *poverello*, los pobres y menesterosos excluidos de la sociedad; ambos enamorados de sus respectivas damas: Dulcinea y Pobreza.

La Dama Pobreza, en palabras de Le Goff, “será la afirmación del rechazo a los valores económicos y sociales de la sociedad aristocrático-burguesa, pero a través de un modelo cultural cortesano, feudal”¹⁷. Ese rechazo de los valores burgueses le hará enfrentarse directamente contra las posesiones y riquezas, pero especialmente contra el dinero. En una sociedad feudal el dinero apenas tiene importancia pues las formas de acaparar riquezas se basan en las relaciones personales de dependencia. Los señores se apropian del trabajo mediante el sometimiento personal. Pero en un mundo burgués en auge, es el dinero el que permitirá que los nuevos potentados se apropien del trabajo social sin necesidad de establecer relaciones personales. El dinero será el modo por el que unos se enriquecerán a costa de otros, quizá por esto diga Chesterton que Francisco “nunca en su vida comprendió exactamente lo que es el dinero”¹⁸. Él no pertenecía a ese nuevo mundo que se abre con los burgueses.

Ahora bien, es muy interesante notar que junto a la pobreza hay otra preocupación en Francisco: el martirio. No es un tema colateral. A lo largo de su vida hay una constante en el hecho de dar testimonio de su fe ante los no creyentes y llegar a morir por ello. El

¹⁷ J. Le Goff, “Francisco de Asís entre la renovación y el lastre del mundo feudal” en *Concilium* 169 (1981) 311.

¹⁸ Gilbert K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, Juventud, Barcelona 2004, 36.

pasaje más importante puede ser el que sucedió en el encuentro con el sultán en Damietta en 1219, cuando los cruzados y las tropas musulmanas se encontraban frente a frente en Egipto. Allí, arriesgando su vida, cruza las tropas musulmanas entre insultos y un grave peligro y se presenta ante el sultán al que quiere convertir. Pero su propósito no es vencer sino convencer. Francisco consigue que los cruzados no ataquen y que el sultán le deje marchar convencido de que es un hombre de fe. Nunca encontraremos en Francisco una mala palabra hacia el Islam, como sí era bastante habitual en los sermones de la época. Antes bien, llegó a comprender su posible martirio ante el sultán como un bien mayor para la fe musulmana que para la misma Iglesia. Como nos dice de Beer: “contra la extravagancia de la cruzada [...]. El martirio es la objeción de conciencia llevada ante todos aquellos que han optado por la intolerancia de una guerra santa, es la anti-cruzada”¹⁹.

Resulta totalmente revolucionario el gesto de Francisco y más revolucionaria es su concepción de las religiones. Al entregarse al martirio ante los musulmanes se convierte en algo parecido a un servidor de los otros creyentes, en un profeta del Dios único que ama a todos los hombres, más allá de sus contextos sociales, culturales y religiosos. Como era evidente en su época, no podía haber una religión verdadera cuando todas se mataban en nombre de su Dios. La única religión verdadera es el amor entregado y la pobreza asumida voluntariamente. La única adoración verdadera es en espíritu y en verdad. Comentando este mismo hecho nos dice Martínez Fresneda que “la acción de Francisco es inútil cara a la Iglesia y al mundo”, pero esta *inutilidad* viene de su debilidad, “porque él no representa a ninguno de ellos [instituciones y poderes de occidente] al no detentar riqueza alguna”²⁰.

En la actualidad se da una unión estrecha entre pobreza y religiones. Según Peter L. Berger, en el mundo globalizado la religión está creciendo en los países pobres de forma

¹⁹ F. de Beer, “San Francisco y el Islam” en *Concilium* 169 (1981) 326.

²⁰ Francisco Martínez Fresneda, *La paz. Actitudes y creencias*, Espigas, Murcia 2002, 212.

exponencial²¹. Son los más pobres los que conservan las religiones como modos de comprenderse en el mundo y como forma de paliar una pobreza que reduce su dignidad. La pobreza y la religión tienen una ligazón profunda que va más allá del adagio marxista, “opio del pueblo” y alcanza a la bella expresión de Marx, “corazón de un mundo sin corazón”.

La pobreza voluntaria puede ser considerada como un elemento común en las religiones monoteístas y en las tradiciones orientales. Un espíritu desprendido de los bienes materiales, y misericordioso hacia los pobres es el ideal del verdadero creyente en cualquiera de esas tradiciones. Si a esta actitud le unimos la preocupación por la naturaleza, la ecología en sentido occidental, tenemos que los elementos básicos que el mundo actual necesita: pobreza, religión y ecología, están unidos plenamente y conforman la respuesta adecuada a los problemas actuales. Si no nos equivocamos, Francisco tenía estas tres preocupaciones como los puntos neurálgicos de su vida. Francisco fue un pobre orante amante de la naturaleza, y esto debe notarse en sus hermanos y sus seguidores. Resulta que el franciscanismo puede aportar mucho hoy día a este mundo en cierre por demolición. Primero el servicio desinteresado a los demás como forma concreta de vivir la religión; segundo, un amor fraterno por la hermana madre tierra que cumpla el mandato del Génesis de cuidar la tierra; y tercero, la pobreza elegida como signo del amor de Jesucristo al mundo.

En primer lugar hemos dicho que el franciscanismo puede aportar una comprensión de la religión como servicio a los hombres. Desde sus comienzos, la religión cristiana, si es que se le puede llamar así, nace como un servicio. Jesús entendió su propia vida como un servicio de amor a su *Abbá* y, por él, a sus hermanos. Esta autocomprensión es más fácil de demostrar en los Evangelios que la autoconciencia filial, pero en todo caso, la filiación de Jesús es un servicio a los hombres en el amor a Dios. Las palabras de Jesús sobre el culto agradable a Dios, la verdadera latría, no dejan lugar a dudas: “los verdaderos

²¹ Peter L. Berger, “Globalización y Religión” en *Iglesia Viva* 218 (2004) 71.

adoradores adorarán en espíritu y en verdad” (Cf., Jn 4, 21-24) y esta adoración supone el amor a los hermanos y su servicio. Lucas sitúa en la última cena una perícopa muy significativa. Mientras Mateo y Marcos arremeten contra los poderosos del mundo en el contexto de la manifestación mesiánica de Jesús, Mateo después del tercer anuncio de la pasión y poco antes de entrar en Jerusalén, y Marcos justo antes de la entrada a la ciudad santa; por su parte, Lucas coloca esta diatriba en medio del momento fundante de la tradición eucarística, centro del ser religioso cristiano. La dirige directamente contra las disputas que pueden surgir entre los mismos seguidores en torno a cuál ha de ostentar la primacía. Evidentemente, los discípulos no entendían lo que la religión significaba para Jesús: que no es tanto una cuestión de ostentación y lujo, sino que su esencia es el servicio: “¿quién es el mayor, el que está a la mesa o el que sirve?... yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22, 27). En griego: εν μεσω υμων ειμι ως ο διακωνων. Jesús se presenta como el diácono, es decir, como el sirviente, no como dueño, potentado o soberano de nada. Ese es el modelo para todos sus seguidores. La religión cristiana es un servicio a los hombres por el amor de Dios. Francisco supo entenderlo así y lo vivió con total fidelidad hasta su muerte.

Este servicio a los hombres, especialmente a los pobres, se hace extensible a la naturaleza. El amor por ella hoy se hace ineludible. La situación de nuestra hermana y madre es enormemente crítica y sólo una decisión fundamental en su favor podrá permitir que los hombres sigamos existiendo en esta *casa común* que hemos recibido para cuidar y trabajar. Si algún grupo cristiano se ha distinguido por el respeto y amor por la naturaleza, ese ha sido el franciscanismo. En el espíritu del trovador de Asís se ha comprendido la naturaleza como una transfiguración de Dios ante nuestros ojos, como un sacramento inmenso, como una eucaristía cósmica, según Merino. Esta es la idea esencial. La religión no puede estar separada del servicio y éste del respeto al entorno natural en que Dios nos ha colocado. Como Theillard de Chardin, bien podríamos hacer una *misa sobre el mundo*. El mundo entero canta las grandezas del creador, pero ahora también canta los dolores del sufrimiento enorme que el modelo económico neoliberal, el capitalismo, le está

infligiendo. Hemos de oponernos con decisión a esta locura autodestructiva que consume el mundo en el acto irracional del consumo hedonista. Y hay que hacerlo por la naturaleza, nuestra casa común, y por los hombres, las ingentes masas de pobres que claman al cielo para recibir la consolación que los hombres no queremos dar.

La máxima expresión del servicio a los hombres y del amor a la naturaleza se expresa en el recurso a la amante perpetua de San Francisco, la Dama Pobreza. Hemos de quitar las referencias caballerescas del término y quedarnos con la esencia. Francisco fue capaz de renunciar a todo y ser pobre de forma voluntaria como única manera de servir al Dios que pobre se hizo a sí mismo viniendo a este mundo en un humilde establo. La pobreza ha de ser elegida como signo de la presencia del Reino de Dios en este mundo y como compromiso por erradicar la pobreza forzada, signo esta del pecado de este mundo. La pobreza voluntaria, como nos recuerda Aloysius Pieris, supone “seguir a Jesús que fue pobre entonces, y servir a Cristo que es pobre ahora”²². Ser pobre es la única manera de seguir a Jesús que anunció la Buena Nueva de la salvación a los pobres y condenó la riqueza como una forma de muerte en vida; ser pobre es la única manera de servir a Cristo hoy, que se hace presente en medio de los sufrimientos de este mundo como el que tiene hambre, sed, está enfermo o en la cárcel; ser pobre es renunciar a lo que tendrías derecho natural a su posesión por amor a aquellos tres cuartos de humanidad que no llegan a cumplir su derecho; ser pobre es trabajar por un mundo sin riqueza, porque esta es fruto de un robo sistemático, como nos recuerdan los Padres orientales: la riqueza es fruto de la injusticia; ser pobre es renunciar a mis deseos porque estos no pueden ser satisfechos por una naturaleza exprimida hasta el extremo. Ser pobre es la forma en que Francisco amó a Dios, a la naturaleza y a los hombres.

²² Aloysius Pieris, *El rostro asiático de Cristo. Notas para una teología asiática de la liberación*, Sígueme, Salamanca 1991, 157.

EL FIN DEL DRAMA

Los hijos de Francisco el Buena Gente, viven inmersos en un mundo herido de muerte por el egoísmo sistemático del orden mundial depredador, homicida y ecocida, pero no viven de “ese” mundo sino que viven del amor de Dios derramado en sus criaturas y cantado por el trovador de Asís. Sus hijos son trovadores del amor loco de Dios, locos de amor por el amor loco. Esta *divina manía* les lleva a no estimar lo propio y dar, como Francisco, toda su vida como testimonio de ese amor que no lleva cuentas en la entrega. Sólo la entrega hasta las últimas consecuencias puede hoy salvar a este mundo que gime con dolores de parto; sólo el martirio por el mundo puede expresar la verdadera religión del servicio a los hombres y el amor por el mundo.